

Alfredo López Austin y Luis Millones. *Los mitos y sus tiempos. Creencias y narraciones de Mesoamérica y los Andes*. Perú: Ceques Editores, 2016; 263 pp.

Alfredo López Austin y Luis Millones. *Los mitos y sus tiempos. Creencias y narraciones de Mesoamérica y los Andes*. México: Era, 2015; 399 pp.

El pensamiento mítico acompaña a la humanidad desde hace mucho tiempo, lo ha hecho en distintos momentos de la historia y en las más diversas geografías. No sólo fue importante en el pasado, en la actualidad todavía da fundamento a las concepciones de muchos seres humanos alrededor del mundo. Esta aseveración es uno de los primeros planteamientos formulados por Alfredo López Austin y Luis Millones en *Los mitos y sus tiempos. Creencias y narraciones de Mesoamérica y los Andes*, como una manera de responder a una pregunta que se plantea desde el inicio: ¿por qué el estudio del mito? La respuesta, o parte de ella, sería: porque es vigente... sigue vivo.

Ambos autores han trabajado en años recientes en la elaboración y edición de obras concernientes a diversos aspectos de las culturas indígenas de Mesoamérica y los Andes Centrales; nos referimos, por supuesto, a *Dioses del norte, dioses del sur. Religión y cosmovisión en Mesoamérica y los Andes* (2008), *Fauna fantástica de Mesoamérica y los Andes* (2013) y *Cuernos y colas. Reflexiones en torno al demonio en los Andes y Mesoamérica* (2013). Con los *Mitos y sus tiempos* se suma un cuarto trabajo que abona a la promoción de los estudios comparativos entre ambas regiones, objetivo explícito que ha motivado a López Austin y Millones a llevar a cabo

estos proyectos. La organización de *Los mitos y sus tiempos* es similar a la de *Dioses del norte, dioses del sur*: primero una introducción o palabras previas redactadas por ambos autores en donde explican los pormenores del libro, en este caso, algunas consideraciones generales en torno al mito; posteriormente dos partes, una dedicada a Mesoamérica escrita por López Austin y otra a la región andina redactada por Millones. Es decir, cada uno explora el tema de la mitología en el ámbito del área cultural de la que es especialista; esto permite que el tratamiento de ambas partes sea independiente y, por ende, que cada autor imprima su propio estilo y organización a su respectiva sección. En este sentido, cabe señalar que son muy distintos en términos de su estructura interna e incluso en la extensión, dado que el texto de López Austin es de mayor amplitud.

En la presentación a dos voces, los autores señalan algunas generalidades del mito, quizá la más importante — además de la pervivencia ya señalada — es su papel como expresión metafórica de cosmovisiones y, por ende, su relevancia como “pieza imprescindible para la construcción de las culturas” (10). En este sentido dicen que “los mitos andinos y mesoamericanos forman parte de sistemas creados por las sociedades indígenas en la cotidianidad de su existencia; pertenecen a ordenaciones que permiten a los hombres enfrentarse a su entorno físico e interrelacionarse en el contexto social en que están inmersos” (10). En otras palabras, nos recuerdan el carácter normativo y articulador del mito, así como la recreación constante en la que se ve inmerso, particularmente en la oralidad y la expresión que la acompaña. Este último aspecto es destacado más adelante por López Austin, quien enfatiza en su prólogo el carácter vivencial del mito: contarlos, repetirlo, escucharlo, compartirlo y emocionarse ante él, dialogarlo incluso. Esta oralidad del mito es parte fundamental en su construcción como experiencia estética, la cual también forma parte de la persuasión que ejerce sobre quienes lo aceptan no sólo como un relato fascinante y seductor, sino como una “verdad antigua”.

Otra idea que subyace a lo largo del libro es la del relato mítico como algo cambiante y diverso, capaz de adecuarse y aceptar ajustes si es necesario. De esto son varios los ejemplos que podemos encontrar en la obra, sobre todo aquellos que muestran claras evidencias de incorporación en las tradiciones indígenas de elementos europeos, particularmente cristianos, presentes a partir de los procesos de conquista y evangelización.

Por otra parte, cabe destacar una “confesión” importante que hacen los autores, quienes se refieren al hedonismo como un común denominador presente en sus textos: “Penetramos en las aguas de la mitología indígena con el placer de sumergirnos en la belleza creativa de los pueblos constructores” (13). Esta expresión resulta clave, pues parece explicar la esencia misma de la obra. No se trata de un tratado de mitos o de mitología hecho para eruditos, no contiene una discusión teórica sobre el mito ni propone una estricta tipología y análisis; no son esos sus objetivos. Se trata de una obra dirigida al gran público —en donde caben los especialistas y los que no lo son— con la intención de adentrarlo en la cosmovisión de mesoamericanos y andinos por medio del disfrute de sus principales relatos míticos; en efecto, es una invitación al goce estético de estas mitologías. Como es de esperar, estos universos míticos se exponen con una serie de comentarios de López Austin y Millones que facilitan la comprensión de diversos contextos históricos, geográficos, semánticos y lingüísticos.

Alfredo López Austin titula su parte “Los brotes de la milpa: mitología mesoamericana”, la cual está dividida en doce secciones. Las primeras ocho están dedicadas a temas relativos a los orígenes, ya sea del sol, del mundo, del tiempo, de las distintas eras, de los hombres, del alimento, de los pueblos y de los animales; es decir, al establecimiento y orden de las cosas. De las últimas cuatro secciones, dos constituyen miradas a las mitologías de pueblos vivos, mazatecos y zoques, mientras que las últimas dos muestran casos en donde se hace patente la problemática relación entre mito e historia en las tradiciones indígenas del centro de México.

El modelo seguido por el autor en cada uno de los apartados es el mismo: primero ofrece una breve explicación del contexto del mito y posteriormente presenta el relato. Cabe señalar que todos los relatos son contados en la propia versión del autor, por supuesto apegándose a las fuentes por él consultadas y elegidas. No se trata, por lo tanto, de una compilación de mitos en su versión “original” —esta noción incluso pierde sentido cuando hablamos de mito—, sino de un esfuerzo de “traducción que pretende ser fiel y en lengua llana” (20). No obstante, quien quiera dirigirse a las fuentes primarias encontrará las referencias necesarias para llegar a ellas.

El trabajo de López Austin reúne algunos de los mitos más representativos del mundo mesoamericano y los presenta en nuevas versiones que tienen la cualidad de estar escritas en un lenguaje sencillo y con una narración fluida, en ocasiones con esclarecedoras anotaciones y comentarios. El conjunto de relatos ofrecido permite identificar temas fundamentales como la estructura del cosmos mesoamericano, el compromiso de reciprocidad entre hombres y dioses, la influencia de estos últimos en el tiempo y en el espacio, el devenir cíclico del tiempo, el origen y recorrido de los astros, las connotaciones sagradas del maíz, entre otros más. Estas narraciones míticas son retomadas de tradiciones de distintos pueblos mesoamericanos, algunas recogidas en el siglo XVI y otras por la etnografía moderna; con esto se ofrece una perspectiva de continuidad, aunque sin descartar los importantes cambios suscitados, particularmente por el cristianismo.

Por su parte, Luis Millones dio a su escrito el título de “Los Andes en la voz de sus mitos”. Divide este trabajo en dos partes, la primera dedicada al “Espacio mítico del mar” y la segunda al “Espacio mítico de la piedra”, cada una dividida a su vez en varios subapartados en los que se organiza la exposición de episodios míticos relativos a los dos ámbitos espaciales fundamentales para las culturas del antiguo Perú: el mar y, por ende, la costa, y las montañas de los Andes con sus lagos, cuevas y altas cumbres. A partir de estos dos ejes el autor desarrolla una exploración de varios tópicos: algunos personajes del panteón andino

— Con, Inti Taytacha, Vichama, Pachacamac, Viracocha, entre otros —; la dicotomía entre dioses de la costa y de la sierra, o dioses lunares y solares; las concepciones en torno al océano y algunos de sus componentes, tales como las islas, el lobo marino, la ballena o el *spondylus*. En la segunda parte, además, suma algunos aspectos referentes a los mitos oficiales de los incas, el origen de las familias reales o *panacas*, así como de los humanos en general o *runas*; los lugares de creación, entre los que destacan el lago Titicaca y Tiwanaku; así como la existencia de otros sitios sagrados como las *pacarinas*, los *apus* y las *huacas*, y ciertos árboles como el queñual y el algarrobo.

Millones nos presenta un ensayo en donde se tejen la geografía sagrada, los dioses, los animales, los humanos y su sociedad, todo en un estilo que oscila entre lo antropológico y lo historiográfico. A diferencia de López Austin, él prefiere llevarnos de manera textual a las fuentes, ponernos delante de las evidencias, a veces incluso de forma reiterada, como es el caso de los testimonios de los testigos del Taki Onqoy, mito y ritual mesiánicos acerca del resurgimiento de la hegemonía de las *huacas* sobre los españoles. Procede como un historiador que muestra las piezas que posee del rompecabezas, mientras que el estudioso mexicano prefiere actuar como un narrador ávido de recrearnos el mito en sus propias palabras.

Cabe señalar que ambas partes cuentan con sus respectivos glosarios y referencias bibliográficas, los cuales permiten al lector aclarar en cualquier momento un término o identificar las fuentes en donde están registrados los relatos. A propósito de las fuentes, cabe recalcar que ambos autores recurren tanto a documentaciones tempranas de siglo XVI, como a la etnografía moderna. También cabe destacar las ilustraciones que acompañan al texto, elaboradas por Renata Mayer para la sección andina y por el propio López Austin para la mesoamericana. Ambas dialogan con el texto y nos recuerdan la relevancia de la imagen como otro complemento del mito; además, sin pretender ser copias, nos traen a la memoria el rico corpus de la imaginería prehispánica e indígena, con lo cual parecen marcarnos una ruta futura que los autores exploran poco

en este texto, aunque se acercan a ella: el papel de lo visual en el mito.

La obra tiene todas las características para convertirse en un material de amplia difusión que sirva para divulgar y fomentar el conocimiento de los mitos indígenas de los Andes y Mesoamérica. Constituye una herramienta útil para los estudiantes de literatura, historia, antropología y otras disciplinas humanísticas y sociales, además de servir de apoyo al docente. Al respecto de su difusión, cabe mencionar que aparecieron dos ediciones, una para México (Editorial ERA) y otra para Perú (Editorial CEQUES).

Los autores son cautos respecto a la existencia de posibles relaciones y paralelismos entre las mitologías de Mesoamérica y los Andes, pese a que el lector puede llegar a encontrar interesantes similitudes, los autores parecieran mirarlas disimuladamente. Tanto Millones como López Austin deciden desarrollar, cada uno por su cuenta, un proyecto bien afianzado en sus respectivas áreas de estudio y miran poco a la parcela del vecino; a veces se antoja un diálogo más activo entre ambas partes. En el mejor de los casos, esas interpretaciones, esos puentes entre ambos mundos, acontecerán en la mente del lector, quien al terminar la lectura —el disfrute— tendrá no sólo importantes referencias de ambas mitologías, sino la posibilidad de seguir —si así lo decide y con apoyo en las orientaciones que dan los autores— su propio camino en la profundización del conocimiento de los mitos andinos y mesoamericanos. Es de celebrar este continuado esfuerzo de Alfredo López Austin y Luis Millones por provocar el estudio conjunto de ambas regiones.

FÉLIX ALEJANDRO LERMA RODRÍGUEZ
ENES, UNAM Morelia